

ORGANO DE LOS SERVICIOS DE TREN DEL EJERCITO DEL CENTRO

TRANSPORTE

guerra



BONI
NAVAL

EXTRAORDINARIO CONMEMORATIVO *del centenario de la* HEROICA DEFENSA *de* MADRID ★



NO PASARAN!



Hoy cumple el año de la defensa de Madrid, defensa heroica, brava, cien veces magnífica. En el otro 7 de noviembre, cuando los fascistas se acercaron tanto a nuestro Madrid invencible, casi todas las armas estaban en poder de los sublevados. En manos del Gobierno apenas había en aquellos momentos algo de armamento insuficiente y desvencijado. Las fuerzas armadas en nuestra zona de la ciudad eran escasas, pero a nuestro lado se pusieron. Los sindicatos, los partidos políticos, lanzaron su grito de guerra y formaron legión de bravos luchadores que hicieron el cinturón de héroes que defendió Madrid.

Los facciosos, que habían preparado la sublevación militar fascista con tan meticoloso y artero cuidado, no contaron con

el pueblo, que para ellos no era nadie—tan acostumbrados estaban a tiranizarle—, y el pueblo fué el factor principal en la lucha; el pueblo, con su Gobierno revolucionario, aglutinado con las escasas fuerzas leales, luchó en defensa de la libertad y de la democracia. Por eso, apenas apuntada la traición y organizada nuestra defensa, comprendió la canalla fascista que sólo habían conseguido el fracaso rotundo a pesar de sus legiones de moros y manadas del Tercio; y con rencor y saña se dedicaron a destruir y ensangrentar nuestra querida Patria, la que jamás podrá entregársele ni ser campo propicio para sus apetitos inconfesables de maldad y exterminio.

Cuando los facciosos llegaron a Madrid, aún el terreno en poder de los rebeldes no llegaba ni a la mitad de España; pero luego llegó la invasión italo-germana-africano-portuguesa y fueron copando bárbaramente pueblos indefensos; y abusando de tanques, de multitud de aeroplanos, de centenares de máquinas de guerra, empujando a millares de soldados mercenarios, pudieron llegar a los arrabales de nuestro Madrid. Nosotros entonces sólo éramos unos grupos, unos batallones de milicias llenas de entusiasmo y de amores patrios; pero no disponíamos del armamento, de los aviones que ellos traían por delante, arrasándolo todo. Es aquí cuando surge potente la memorable fecha del 7 de noviembre, donde empieza a escribirse la historia de la admirable defensa de Madrid y cuando surge la consigna triunfal y magnífica del «No pasarán».

Todo Madrid, entonces, se llenó de mayores bríos combativos; se dispuso a las más difíciles peleas y salió a sus puertas a esperar a los invasores como un titán terrible, invencible, imponente, para abrirles la fosa, donde de una manera fatal e ineludible irán cayendo uno a uno, ciento a ciento, todos los renegados, toda la casta vandálica, que quieren robarnos España y hacernos a nosotros, ¡a los españoles!, sus vasallos o sus aduladores.

Venceremos. Hoy más que nunca podemos afirmar que venceremos. Tenemos un Ejército potente y disciplinado, con ganas de pelea y de victoria; Ejército de hombres del pueblo que, dirigidos por sus mejores hijos, sabe luchar y por qué lucha; industrias de guerra que muy pronto responderán a nuestras necesidades. Todo esto, bien dirigido y orientado por nuestro Gobierno del Frente Popular, nos llevará a la victoria.

Venceremos y ¡no pasarán! Seremos nosotros los que pasaremos pronto, y con nuestras banderas en alto conquistaremos nuestra independencia.

Todos a luchar, compañeros del Transporte, todos a combatir con más brío cada día que amanece. La consigna de hace un año es hoy más verdad que nunca. En este 7 de noviembre, con más posibilidades que en el otro, podemos afirmarlo rotundamente. Como hace un año, como ayer, como mañana, ellos ¡no pasarán! Nosotros sí pasaremos, destrozándolos. Toda España volverá a ser nuestra y podremos disfrutar, con nuestro triunfo, de una paz, un bienestar, una tranquilidad y una alegría que nos merecemos todos los españoles antifascistas, compensación a estas horas de lucha, de martirios y sacrificios patrióticos y sublimes.

C. CALZADA

Comisario de los Batallones de
Transporte del Ejército del Centro.



TRANSPORTE

ORGANO DEL SERVICIO DE TREN
DEL EJERCITO DEL CENTRO



NUMERO EXTRAORDINARIO
NOVIEMBRE DE 1937



Precio: 50 céntimos.



Otra vez la Historia repite las páginas que el tiempo pasó. Como en 1808, el pueblo de Madrid ha tenido que aprestarse a la defensa de los ejércitos extranjeros que quieren mancillarle. Entonces fué la guerra leal de un ejército siempre vencedor que apeteció nuestro suelo y al que el pueblo supo derrotar al empuje fiero de su raza indomable. Hoy es un ejército de rapiña que ha tenido que apoyarse en la traición de unos malvados cobardes que tuvieron que aglutinar su cobardía y flaqueza con la de dos naciones y un lacayo que sólo para la guerra viven, porque en ella y en su rapiña pueden encontrar la fuerza que les falta para mantener lo falso de sus teorías. Son naciones potentes, porque a la guerra dedican todos los valores, todas las reservas de la nación; pero es sólo de desfile militar. Todos sus recursos, todo el bienestar medio de la nación lo han sacrificado a la guerra y hoy precisan de materias primas para continuar su carrera de armamentos y necesitan posiciones en nuestra Península, en nuestras posesiones, para prepararse al golpe que consideran final y que es revancha muchos años contenida.

Madrid nuevamente ha tenido que aprestarse para sostener en él invicta la bandera de la Libertad, y ha sabido, como entonces, mostrar al mundo la fortaleza de su tesón y de su fe.

Supo en los primeros días de asedio formar sus parapetos técnicos con los nobles pechos de sus hijos. Fueron sus movimientos tácticos el deseo irrefrenable de resistir y vencer. Había recibido la consigna: "Resistir veinticuatro horas; ni un paso atrás", y Madrid, representando todo, nuestra España, la del proletario, supo cumplir la consigna: Resistir.

El fascismo, impotente, golpeó con saña, con

¡¡ SALUD, MADRID !!

sus mejores tropas, con sus numerosas armas; sembró metralla y muerte, cayeron nuestros mejores hermanos; pero se resistió.

Cobarde, asesinó a nuestras mujeres, a nuestros hijos, a nuestros ancianos; nos aplicó su guerra totalitaria, su destrucción totalitaria; pero se resistió.

¡Madrid! Tierra de nadie por serlo de todos.

Toda tu epopeya gigante, de pueblo prócer, la mantienes mientras tus calles ametralladas ríen, mientras haces mil mofas de sátira fina de la impotencia de tus opresores, mientras tus mujeres, nietas de aquellas heroínas de nuestra Independencia, alegran sus calles con sus risas.

Eres, Madrid, generoso de tu sangre, de temple más duro que el acero asesino que el fascismo te envía: se rompe en mil cachos, rasga tu carne, pero no mella el temple de acero de tu alma indomable que supiste llevar hasta nuestras trincheras.

7 de noviembre de 1937. ¡Efemérides gloriosa! Consigna mantenida y acrecentada durante un año: Resistir.

Y resistiendo se ha creado nuestro Ejército potente, sin colores ni distingos, con un solo ideal: Vencer.

¡Madrid! Transporte en armas quiere rendirte hoy el homenaje de este nuestro modesto extraordinario y con él la promesa de que nuestro Servicios de Tren del Ejército, creado y fortalecido mientras heroico resistías, imitará tu temple en la pelea, transportará a tus hijos, nuestros hermanos, a las armas de nuestra defensa, a donde el Mando disponga. Nuestros tanquistas penetrarán con sus motores y con su coraje y con su cohorte de infantes hasta el corazón del enemigo, destrozándole, consiguiendo para ti, para nuestra España proletaria, el triunfo final.

Y tú, Madrid, abre tus brazos y aprieta a todos tus hijos, fúndelos en un solo ideal: Unidad.

Que todos cumplan su consigna, que tú cumplirás la tuya: Resistir, avanzar y vencer.



EL TRANSPORTE SALUDA A LA
U.R.S.S.
 EN SU XX ANIVERSARIO



En este día, inolvidable para Madrid, del 7 de noviembre, el Transporte se adhiere a vuestro homenaje, magníficas Repúblicas, conmemorativo del XX aniversario del triunfo de vuestras luchas y vuestros ideales.

Todos los españoles antifascistas, alentados por el ejemplo y fortalecidos por vuestra ayuda desinteresada de hermanos, seguiremos combatiendo por la conquista de una vida mejor, que vosotros supisteis ganar luchando y trabajando. Armas de forja del ideal proletario.

La representación personal de nuestra República que os visitará lleva la asistencia espiritual del resto de los españoles, asociados con emoción a la idea del homenaje a vuestro esfuerzo.



Al cumplirse el primer aniversario de la defensa heroica de Madrid tenemos un balance satisfactorio a nuestro favor: el enemigo, parado en seco primero, derrotado en varias operaciones después; un Ejército regular del pueblo, fuerte y disciplinado, al que le está reservado el conseguir la victoria final, y un pueblo abnegado y heroico, amante de la libertad, que antes de ser esclavo prefiere morir luchando por su dignidad e independencia.

¿En qué medida ha contribuido el batallón Hipomóvil a crear estas condiciones?

Vamos a hacer un análisis de la labor llevada a cabo por los oscuros pero abnegados y heroicos soldados de nuestro batallón en la trayectoria de la guerra desde su iniciación.

En los primeros momentos, cuando hubo de hacerse frente a la sublevación militar fascista, en los que todo era entusiasmo y heroísmo; con unos cuantos fusiles viejos y rotos, incluso cogidos a los traidores en el cuartel de la Montaña, primera fortaleza conquistada al fascismo, salieron nuestros primeros compañeros a las crestas de la Sierra al encuentro de las huestes de Mola, que venían hacia Madrid. Allí fué donde empieza a actuar el batallón Hipomóvil, entonces compuesto por escaso número de compañeros, demostrando su entusiasmo y sacrificio en la lucha, unas veces llevando municiones a las avanzadillas y otras empuñando el fusil, ya que en nuestras fuerzas no había entonces organización, y de cualquier manera hubo de hacerse frente al enemigo que se esforzaba por avanzar hacia nuestra capital. Por entonces se libraron aquellos combates de Peguerinos y Guadarrama, donde los soldados del Hipomóvil cumplieron con su deber.

Posteriormente fué tomando forma de organización nuestro batallón, antes agrupación hipomóvil; fueron creándose diversos destacamentos, dándose el caso general de tal entusiasmo, que todos querían ir voluntarios a los nuevos puestos de lucha, rivalizando en valor y sacrificio.

A medida que el tiempo avanzaba y la guerra se iba convirtiendo de guerra civil en guerra de invasión, y nuestras milicias adquirían una mayor capacidad combativa y una experiencia a través de la lucha, que antes no tenían, se fueron creando las condiciones del principio de lo que hoy es nuestro Ejército popular, teniendo necesidad de ir extendiendo nuestro radio de acción, ya que nuestros servicios se hacían imprescindibles, para dar eficacia al buen funcionamiento de las unidades que se iban formando. Nosotros también fuimos aumentando nuestros efectivos numéricos de personal y material.

Extendido nuestro radio de acción, como antes decía, empezamos a tomar parte en los nuevos destacamentos que se fueron creando, en María de la Alameda, Cruz Verde, El Pardo, Boadilla del Monte, el Jarama y Guadalupe, cumpliendo siempre a satisfacción del mando de las unidades los servicios encomendados.

Después de toda esta labor de engrandecimiento y perfección, vinieron las ofensivas de nuestro Ejército en La Granja y Brunete, donde quedó patentizado que de nuestras primeras milicias surgía un ejército regular disciplinado y fuerte, capaz de infligir derrotas al enemigo, como las allí conseguidas, donde nuestra cooperación resultó tan lucida que cupo el honor a las fuerzas que allí actuaron de merecer la felicitación del Mando.

También funcionan en el batallón Hipomóvil unas compañías rodadas o de carros, que desde el primer momento han venido actuando de una manera activa en defensa de la capital. Entre las muchas actividades que los carreros, como familiarmente les llamamos en el batallón, han ejercido en el curso de esta etapa, destacan los trabajos de evacuación llevados a cabo en las zonas batidas por el enemigo, sobre todo el efectuado en la estación del Norte, de donde fueron extraídas miles de toneladas de trigo que allí había almacenadas, consiguiendo de esta forma que estuviese asegurado por bastante tiempo la existencia de pan en la capital, tanto para la población civil como para sus heroicos defensores.

A través de estos trabajos de abnegación y sacrificio llegaron a identificarse de tal forma con el espíritu que se respiraba en el ambiente de nuestro Madrid, que no vacilaron en ningún momento al salir a cumplir con su deber, aunque supieran, como en algunos casos ocurrió, que tal hecho significaba encontrar la muerte en una explosión de un obús o de una bomba de aviación, que por aquel entonces tantos estragos causaron en nuestra capital. Pero esto no importaba, porque después de cada jornada su mayor satisfacción era la del deber cumplido, donde rivalizaban la fuerza bruta de la bestia y la inteligencia del hombre para dirigirla.

A. DOMÍNGUEZ.

EL TRANSPORTE

HIPOMÓVIL

EN NUESTRA LUCHA



La Constitución, la voluntad de todos los españoles que trabajan y producen, es contraria a la guerra. Pero la sublevación criminal de los traidores, la guerra de invasión que sufrimos nos ha marcado la ruta de nuestra hermana la U. R. S. S.: crear un Ejército potente, disciplinado, fuerte, que arroje de nuestra España al invasor y castigue inexorable a los traidores cobardes que han vendido a nuestro suelo.

Este Ejército potente no podía ser el Ejército pretoriano, rígido, sin contenido; tenía que ser un Ejército de férrea disciplina, pero de hondo contenido social. No un Ejército para la defensa del capitalismo y de sus apetitos rapaces, sino propiedad del pueblo, para la defensa de sus libertades, de la justicia.

Para lograr este armónico difícil sin detrimento de la disciplina, para establecer esta compenetración idearia y para canalizar este sentido, nuevo en nuestro Ejército, era necesario un enlace y surgió el comisario.

Maravillosa concepción del pueblo; el comisario, hermano mayor del soldado y compañero de los mandos.

El comisario tiene por función, como hermano mayor del soldado, elevar el nivel ciudadano del mismo; explicarle y hacerle comprender el porqué y causa de nuestra lucha; elevar su nivel cultural, convivir con él como camarada y sentir todas las necesidades del soldado. Recibir las quejas que éste pueda tener en orden al sentido militar, esas quejas, ciertas o supuestas, que el soldado no dice a sus jefes, por sentido de disciplina, y que normalmente se comentaban en círculo de compañeros, tomando cuerpo la cuestión más nimia y dando lugar a situación de disgusto.

Estas quejas debe recibirlas el comisario, y si son supuestas, deshacer el error y explicarle al camarada la razón de su sinrazón y discutir con él hasta convencerle, y si son ciertas, prometerle dar cuenta de ellas para que se corrijan; y si su resolución es superior a la voluntad de los jefes, convencer al soldado que este sacrificio es necesario para la causa.

Evitar los comentarios de guerra, y para ello explicarle al camarada soldado la razón de momentos guerreros que por él no pueden ser comprendidos, aun cuando haya tomado parte en la acción. El círculo objetivo del soldado cuando es actor en una operación es limitadísimo; es sólo un pequeño círculo en su derredor, y es necio hablar del conjunto por impresión irreflexiva de nuestro ánimo.

Tened en cuenta que en estos comentarios guerreros, lo mismo que cuando en grupo se comentan las quejas o molestias que el soldado siente, es donde acechan los traidores, los trotskistas, para introducir el desaliento o el principio de la indisciplina.

Haced que el soldado sea optimista, no por sistema, sino por convencimiento.

Inculcad al soldado, no el respeto por temor hacia sus jefes, sino por cariño, por compenetración: son camaradas que defienden nuestra misma causa y que tienen todas nuestras responsabilidades más las propias del mando.

Conseguid que el soldado se encariñe con su arma: fusil o coche, ametralladora o camión, cañón o tanque. Todo ello nos lo entregó el pueblo para defender la causa de todos y es depósito de honor que nos honra.

Las máquinas de guerra, nuestras compañeras en la lucha, tienen que tener todos nuestros cuidados, los mismos que pedimos a nuestros jefes para con nosotros. Ellas van a la pelea con la misma fe que nosotros, pero son cuerpos inertes y necesitan de brazo vigoroso que las maneje y de brazos cariñosos que las proteja y cuide.

Ellas, con razón, pueden decir lo de nuestro refranero: "Cuidame y te cuidaré."

Los coches, los camiones, son armas de servicio para la guerra, tan precisas como las armas, y el conductor debe cuidarlos, alargar su vida, considerar, cuando lo maneje, que no es el coche del potentado ni el instrumento de explotación del patrono, y viejo, nuevo o antiguo, es arma que también te entregó el pueblo para su defensa.

Destrozar un coche, aunque viejo, a sabiendas, es trabajar para el fascismo; destrozarle por ineptitud, por irreflexión, es de irresponsables, que no tienen nada que hacer en nuestras filas.

Enseñar todo esto, conseguir todo esto, es una función del comisario en nuestro Ejército. Ve, camarada, cómo el pueblo se preocupó de ti, qué auxiliar tan poderoso te dió para tu mejor vida de combatiente, de soldado consciente.

Ama al comisario y confíate en él; es tu mejor camarada, tu hermano mayor.

La función del comisario como compañero de los mandos es más sencilla, pero quizá más delicada.

El comisario tiene asimilación militar para poder, sin quebranto de la disciplina, ser verdadero compañero del jefe y oficial.

Tiene que estar compenetrado con sus compañeros en las cuestiones militares, no para discutirlos, sino para preparar convenientemente a los muchachos y animarles y aleccionarles si necesario fuere. Transmitirá a sus compañeros las peticiones justas de los soldados y conseguirá aquellas que fueren factibles.

Cuidará de que las reprensiones o correcciones sean justas y hará comprender esta justeza al reprendido o corregido.

Convencerá a sus compañeros para que le den todas las facilidades posibles y necesarias para desarrollar su labor en todos los órdenes.

Vigilará el ambiente en que se desenvuelva y analizará cada hecho que pueda observar, pues los emisarios espías de los piratas no cejan en su empeño de destrozar nuestra moral y de conocer nuestros propósitos.

Gran tacto necesita el comisario para esta labor, pues su posición de vigilancia pudiera caer en principio de desconfianza, de recelo, el que es intolerable en nuestro Ejército. Nuestros mandos, nuestros soldados, son leales, son revolucionarios, y al que hay que vigilar es al enemigo; teniendo un espíritu fino de observación y un sentido verdad de nuestra revolución es para nosotros grosero el más hábil espía. No confundir con el espía al irreflexivo, al que sintiéndose revolucionario por instinto, no se siente capaz del sacrificio para ganar nuestra revolución; al que se rebeló contra la burguesía, porque él no lo era, pero que al saborear un principio de libertad, un principio de bienestar, olvidó el por qué y para qué de nuestra lucha, que no es inversión de tiranos, sino anulación total de ellos. A estos irreflexivos, educadlos.

Es el comisario: para los jefes, el compañero; el mediador con los soldados; el que ha de hacer más fácil, más fructífera, más lucida la labor del oficial. Este gran elemento creó el pueblo para ti, oficial de nuestro Ejército.

Todas las perfecciones, todos los elementos necesarios para que nuestro Ejército sea lo suficientemente fuerte y potente y pueda aniquilar a nuestro enemigo, las ha proporcionado el espíritu constructivo de nuestra revolución y el tiempo. Este lo proporcionaste tú, invicto Madrid, con tu resistencia heroica.

UN REVOLUCIONARIO.

COMISARIOS

NUESTRA GUERRA DE INDEPENDENCIA VA UNIDA A LA REVOLUCION POPULAR

Un año hace que en las puertas de Madrid están los fascistas. ¿Por qué? Porque nos clavamos en las trincheras y decidimos no dejarles pasar, y no han pasado, ni pasarán. Pasaremos por encima de sus cadáveres. Hoy el Ejército popular del pueblo está decidido a pasar en compañía de su Gobierno del Frente Popular. La retaguardia también está decidida a vencer a los invasores;

las mujeres, estas heroicas mujeres de Madrid, que piden un puesto en la lucha, un puesto en la producción, ellas también quieren ser útiles en aplastar al fascismo, ellas que saben los horrores de la guerra que nos ha impuesto el fascismo internacional, y, como españolas, como nietas de Malasaña, hijas de Agustina de Aragón o novias de Daoiz y Velarde, quieren luchar para liberar a España de la invasión que padecemos. Mujeres de sangre roja que en los primeros días de la militarada fueron a los picachos de la Sierra empuñando un fusil y, con su ejemplo, daban alientos a aquellos heroicos milicianos, que muchos de ellos, con una simple escopeta, se enrolaron en las heroicas milicias; ejemplo magnífico, y, ahora que sufrieron los horrores de la guerra, que sufrieron callando, ahora gritan pidiendo un puesto en la lucha. Hay que incorporar el gran ejército femenino a los puestos de producción y con ello habremos realizado el anhelo de miles de compañeras que esperan impacientes la hora de volver a ser útiles en la guerra.

¡Qué contraste con lo ocurrido en Andalucía, en que, por decreto de Von Franco, se moviliza a todas las mujeres de dieciocho a treinta y cinco años, y en algunos pueblos de Sevilla han ido en camiones a recoger la mercancía, declarando desertoras a las no presentadas! La invasión se ha extendido hasta perseguir a las mujeres. El traidor lo firma todo, con toda naturalidad. Claro que para él todo es natural. Los crímenes de las mujeres, de los niños, de los ancianos.

La guerra sigue y seguirá. Somos un pueblo en armas. Estamos dispuestos a renacer el Dos de Mayo, por nuestra independencia. Sabemos lo que es una colonia de un país imperialista y, por lo tanto, estamos dispuestos a vencer por todos los medios. La moral de nuestro pueblo está bien clara. Tus embustes ya nadie los cree; el mito del bolchevismo, ni tú, Franco, lo crees. España es liberal, republicana, nuestro Ejército está compuesto por todas las clases populares; españolismo neto. De todos los países iberoamericanos recibimos testimonios de solidaridad. Aquí vinieron de todos los países hombres representantes de sus Gobiernos y quedaron asombrados del orden, del espíritu de sacrificio de este pueblo heroico, que no se deja sojuzgar por la escuela del fascismo internacional. Eso tú lo sabes también. Mandaste a tus agentes, pero tu orgullo es tal y contagiado del espíritu napoleónico de tus amos, Hitler y Mussolini, no te dejan reaccionar. Piensa, Franco, que si tú abriste las puertas a la invasión, el pueblo español las sabrá cerrar, después de haber echado a los extranjeros invasores. Yo te invito, Franco, a que te mires en el espejo de la Historia: cómo acabó Primo de Rivera, Machado, Dollfuss y todos los dictadores de los países que tuvieron la desgracia de padecerlos. Jamás vuelve un río su corriente. Entonces, ¿por qué el vano empeño de deshacer España? Ya es bastante lo que hiciste. Otros que tú engañaste, viendo y comprendiendo la verdad, se pegaron un tiro, que, al fin, los redimió de figurar en la historia de la traición, y tú, Franco; tú que sabes muy bien todo el mal que hiciste a tu patria, mal insuperable; tú que sabes que en el terreno que mal dominas se yerguen pidiendo venganza los espectros de miles de vidas inocentes que fueron asesinadas a mansalva, pégate un tiro, Franco, en un muladar, que es tu sitio, tu lecho de muerte, como perro apestado, y deja que la mayoría de los españoles que tú engañaste vengan a nuestras filas para limpiar nuestra Patria de invasores. Ya te niegan dinero las Bancas, no tienes ropa para tus mercenarios; la hostilidad se te hace mayor cada día; a qué esperas, si tu triunfo sería como el de Sansón, que hundió el templo con todos dentro.

Por nosotros ya está bien claro, hacemos la guerra contra la guerra, por la paz y la libertad, y que va unida también nuestra revolución popular. Yo voy a intentar reflejar en estas líneas algo sobre la victoria.

Es indudable que, inmediatamente después del triun-

fo de las armas republicanas, hemos de dedicarnos a laborar intensamente para consolidar las conquistas de la España proletaria. Si esto es de una rotundidad absoluta, también es un axioma el que para satisfacer las ansias populares de emancipación social es necesario una premisa indiscutible: la edificación de la victoria. Todos los esfuerzos, pues, han de tensarse en este sentido. La horrorosa *masacre* que ha inundado de cadáveres el pueblo español no es, como creen algunas gentes de mentalidad abúlica, una lucha más de partido, sino una guerra de independencia a la que se han vinculado todas las fuerzas progresivas del país y a cuyo triunfo va unida, con la libertad de nuestra Patria, la emancipación política, social y económica del proletariado español. En esta hora sublime de trágica belleza, la de más grandiosidad que jamás vivió país alguno, que ha batido poderes seculares, llenos de carroña, podredumbre: al latifundista que destruía el trigo o se lo daba a las bestias para mantener el alza de cotización en el mercado, al clericalismo que embrutecía a las gentes con sus ridículos exorcismos, mientras se entregaba en los confesonarios a las más nauseabundas concupiscencias; a los barateros de la política que desangraban la nación mientras dilapidaban a manos llenas el dinero amasado con el sudor y el hambre de los trabajadores, regodeándose en los tugurios con barraganas de precio. En esta hora preñada de anhelos y responsabilidades que ha conmovido, por su trascendencia extraordinaria, los cimientos de la civilización occidental, todos los españoles deben sentir en toda su magna intensidad la gloria de serlo, porque España es hoy la nación señera que marca al mundo rutas desconocidas de libertad y justicia.

El campesino se ha redimido del señor feudal que le azotó eternamente con los trallazos del hambre. El intelectual y el artista, libres de la tutela regresiva del capitalismo, han puesto resueltamente su inspiración al servicio de la verdadera cultura; y hasta el antagonismo de los obreros de la ciudad y del campo, fomentado por una hábil política criminal, ha desaparecido por completo y son hoy los obreros industriales los que, con una visión exacta del momento emocional y difícil por que atraviesa la Patria, abrazan entusiasmados a sus hermanos del agro y convierten en domingos rojos los días de asueto semanal ayudándoles a recoger la cosecha, hoy más sagrada que nunca. Se liquidó para siempre el régimen cuartelario del Ejército fanfarrón, cosechador de derrotas, y donde no había más que un inquisitorial "orden y mando", todo soldado tiene derecho a exponer sus iniciativas; donde no había más que rebaño que soñaba con verdes praderas y pastos abundantes, hoy hay hombres conscientes de sus deberes y sus derechos. Las salas de banderas, que olían a homosexualismo, prostitución y embriaguez, y que eran de hecho centros de conspiración, disfrazados con un lenguaje de patriotismo chauvinista e histérica, se han convertido en lugares de fraternidad donde, en franca camaradería, se resuelven los problemas que plantea la libertad de la Patria.

La palabra soez, el insulto, la artera bofetada han dejado el paso a la cordialidad, a la disciplina sana, a la radio, al cinematógrafo y a la cultura. Conquistas de nuestra guerra civil, ligadas indisolublemente a la revolución popular.

Seamos dignos de ella aumentando en grado superlativo nuestra disciplina y espíritu de sacrificio, y por el camino del Frente Popular de la República democrática demos a conocer al mundo, adormecido por el tósigo de las democracias, que los descendientes de Numancia, de Sagunto, del Empecinado y de los almogávares sabrán hacer honor a su estirpe derrotando a los invasores de España y clavando, inmovibles, en lo más alto de la historia de la civilización, los jalones de una Humanidad nueva, dichosa y feliz.

F. ESCUDERO,
Comisario.

EL DESEO DE TODOS: UNIDAD

La mano se cansa y la garganta duele de escribir y hablar sobre unidad. Después de una labor tan intensa hecha por todos los sectores políticos en la Prensa y en propagandas en beneficio de ésta, al parecer, por todos tan anhelada unión de Partidos y Sindicales, seguimos en el terreno práctico de las realidades igual que hace un año; es decir, peor. Entonces, en los días difíciles de noviembre, cuando Madrid estaba fiado al valor y a la serenidad nuestra, todos, con gran sensatez, nos agrupamos al amparo de la misma idea: defenderlo. Y con la fuerza de nuestra unidad y la fe inquebrantable que ella nos proporcionaba, supimos hacer frente a las más terribles realidades, llenas de pavorosos problemas; y gracias a esa unión salimos triunfantes y fortalecidos en aquellas horas decisivas.

Estas también lo son. El fascismo no cesa en su empeño de convertirnos en colonia suya. Diariamente, millares de camaradas nuestros le combaten en muchos frentes distintos. Necesitamos esa tan preconizada unión de todos los antifascistas para reforzar la moral de heroísmo de esos camaradas.

Los sacrificios hechos y por hacer para lograr esa unidad no deben imprimir huellas en nuestro esfuerzo. Hágase todo lo posible en este sentido. Demostremos que somos capaces de anular todas las diferencias y aumentar nuestras coincidencias. Que no exista motivo ni deseo de ataque entre Partidos y Organizaciones antifascistas; que no medie entre nosotros ningún deseo de agresión o represalia, ningún ansia insatisfecha de mandato o representación. Ninguna diferencia entre los combatientes y entre los productores de la retaguardia.

En noviembre Madrid estaba en peligro, y, debido a nuestra decisión y a nuestra unión, se salvó. Este ejemplo debería ser suficiente para empujarnos a cristalizar esa unión que actualmente deseamos. Y, como entonces, Madrid, que fué ejemplo magnífico para todos, dedique éste ahora al resto de la España leal la lección de nuestra unidad férrea.

Madrid sigue siendo el mismo y su pueblo es el del 7 de noviembre. Procuremos ajustarnos ahora a nuestra conducta de entonces.

Voces de todos los sectores antifascistas han venido repetidamente manifestándose en ese sentido; pero es preciso que, si de verdad queremos sellar la unidad, ajustemos a nuestras palabras nuestros hechos.

Apártense los obstáculos que surjan para, agrupados, luchar y trabajar en las arduas tareas que la guerra y el porvenir nos reserva. Unámonos para no tener más enemigos que los que nos ataquen en los frentes y martirizan a nuestras indefensas retaguardias; los que sabotean nuestro derecho pisoteando nuestra razón; los que traidoramente siembran cizaña a nuestras espaldas y los que pretenden tiranizar a nuestra Patria e impedir el desarrollo de las conquistas ganadas por el pueblo español a costa de su sangre y de su esfuerzo. Estos, y todos los interesados en que nuestra unidad no se logre, son nuestros únicos enemigos. Opongamos frente a ellos y a sus manejos el bloque férreo de nuestra unidad.

No olvidemos las palabras pronunciadas por una persona que tiene bien ganada fama de político sagaz y de certero en sus apreciaciones: «Ganará la guerra aquel cuya retaguardia se conserve más sana». La unidad es una buena medida profiláctica.

Hagamos la unión y tendremos la mitad del camino andado para cumplir nuestro deber y ganar la batalla final.—PENA

POESIA

DEFENSA DE MADRID

Madrid, corazón de España,
late con pulso de fiebre.
Si ayer la sangre le hervía,
hoy con más calor le hierve.
Ya nunca podrá dormirse,
porque, si Madrid se duerme,
querrá despertarse un día
y el alba no vendrá a verle.
No olvides, Madrid, la guerra;
jamás olvides que enfrente
los ojos del enemigo
te echan miradas de muerte.
Rondan por tu cielo halcones
que precipitarse quieren
sobre tus rojos tejados,
tus calles, tu brava gente.
Madrid: que nunca se diga,
nunca se publique o piense
que en el corazón de España
la sangre se volvió nieve.
Fuentes de calor y hombría
las guardas tú donde siempre.
Atroces ríos de asombro
han de correr de esas fuentes.
Que cada barrio, a su hora,
si esa mal hora viniere
—hora que no vendrá—, sea
más que la plaza más fuerte.
Los hombres, como castillos,
igual que almenas sus frentes,
grandes murallas sus brazos,
puertas que nadie penetre.
Quien al corazón de España
quiera asomarse, que llegue.
¡Pronto! Madrid está lejos.
Madrid sabe defenderse
con uñas, con pies, con codos,
con empujones, con dientes,
panza arriba, arisco, recto,
duro, al pie del agua verde
del Tajo, en Navalperal,
en Sigüenza, en donde suenan
balas y balas que busquen
helar su sangre caliente.
Madrid, corazón de España,
que es de tierra, dentro tiene,
si se le escarba, un gran hoyo,
profundo, grande, imponente,
como un barranco que aguarda...
Sólo en él cabe la muerte.

RAFAEL ALBERTI

PERFILES DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL

El 23 de agosto de 1936 nació el Acuerdo de no intervención. Las potencias democráticas estaban alarmadas del envío de aviones y material bélico a los facciosos. En septiembre, Alvarez del Vayo atacó el

Acuerdo, dejando ver, con pruebas irrefutables, las continuas transgresiones por parte de dos firmantes del mismo: Alemania e Italia. La Sociedad de Naciones se encogió de hombros, deploró lo que pasaba y siguió contemplando la intervención cínica. Esta actitud meramente contemplativa dió lugar a que la U. R. S. S., seriamente enfadada, enviase sendas notas a Londres, protestando del fracaso de la llamada "no intervención".

El envío de grandes contingentes de tropas regulares italianas, de técnicos alemanes, sembró el pánico en París y Londres. Se creyó que la guerra—hasta en esto hay clases, camaradas—era inminente. Se trató—hace más de nueve meses—de la retirada de voluntarios. Mientras tanto, caía Málaga; Bilbao, torpemente sabotada por el Almirantazgo inglés; Santander. Cada vez que el mundo recibía una noticia de este género, el proletariado mundial lanzaba llamamientos de solidaridad, consignas amenazadoras. Los diplomáticos se reunían *ipso facto*, previos discursos más o menos enérgicos, para luego prestarse al juego dilatorio de las potencias fascistas. Los observadores militares de Inglaterra y Francia, consultados sobre si convenía ayudar con más intensidad a la España republicana, contestaban:

—No. Aún puede durar la guerra equis tiempo.

Y vuelta a las discusiones "técnicas". Un día, el *Deutschland*, porque sí, creyó interesante bombardear Almería. Lo hizo impunemente, sin que nadie le recordara el Derecho internacional. Es más: Lord Plymouth, el gran cínico, aplaudió la "medida" de Alemania.

Persuadidos los fascistas que en la esfera europea se puede hacer todo lo que se quiera, sin entrar abiertamente en pugna con los intereses británicos, decidieron jugar al "pirata desconocido". El mar Mediterráneo — lo había dicho nostálgicamente el

"duce" en su discurso de Palermo — será un mar italiano. Y lo hubiese sido, a no ser que en el mundo existe un país que se hace llamar la U. R. S. S., de mucho poderío y vergüenza — también el pueblo tiene su co-

razoncito, ¿verdad?—. Inglaterra, valiéndose de ese enfado serio de la Unión Soviética, realizó un Acuerdo *record*: el de Nyon. Fijaos en esto: le convenía a la Gran Bretaña solventar este asunto, y se solventó.

Después se continuaron las discusiones. A raíz de las sesiones de Ginebra, en las que Negrín dió una lección de dignidad y de coraje—era, al fin y al cabo, nuestra España—a las grandes potencias. Les advirtió que lo que interesaban no eran los compromisos, sino el cumplimiento de los mismos. Litvinof y Maisky habían expuesto igual razón. Pero sin ser escuchados. La actitud francesa parecía fuerte. Convenía que así fuese, porque, por aquellos días, Mussolini estaba departiendo amistosamente con Hitler, y era necesario asustarles un poco. Os parecerá exagerado este juego del escondite, pero os aseguro que es así. Hitler y Mussolini veían a Delbos y Eden sostener conferencia tras conferencia. A la salida, Delbos lanzaba amenazas, decía malhumorado:

—¡Esto no puede seguir! Hay que volver al Derecho internacional.

Y el representante inglés, como un apéndice—¡lo que saben los ingleses!—, contestaba:

—Estamos de acuerdo con Francia.

Venían las reuniones, y—¡oh sarcasmo!—el "acuerdo" entre Inglaterra y Francia no era más que un sueño. Francia, amenazada, quiere ir adelante, abrir la frontera. Inglaterra, menos interesada en la cuestión, sonríe a Hitler y Mussolini, desea tener el honor de poder llamarles "casi amigos".

Así está la cosa. Después de fracasar en julio de este año, ahora tiene la humorada Italia de resucitar el complicado proyecto inglés, basado "en la buena voluntad de los países firmantes". Veremos qué pasa.

JUAN FALCES ELORZA.

RUSIA



EJEMPLO DE LA UNION SOVIETICA

Cuando luches en las batallas que se desarrollarán para vencer al fascismo internacional ten siempre presente estas realidades, comparadas con la situación misera de los trabajadores italianos o alemanes, que no tienen que comer, a quienes para evitar una ruina aparatosa de los regímenes totalitarios se les obliga a aceptar la autarquía económica, lo que supone comer pan de cemento, de peladuras de patata, mantequilla de carbón, etc. Y mientras todos estos sacrificios los soporta el pueblo trabajador, las fábricas Krupp, la *Farbeindustrie*, etc., producen material de guerra y gases deletéreos. Es la guerra, que acompaña, como un grano purulento, al régimen fascista.

¿QUE FUE LA REVOLUCION RUSA?

Los bolcheviques, los comunistas rusos, supieron adoptar la táctica justa para el triunfo de la revolución. Lenin, desde la insurrección aleccionadora de 1905, había previsto cuáles habían de ser las fuerzas motrices de la revolución. El proletariado era la vanguardia consciente de la revolución. El campesinado pobre, explotado miserablemente, sin poder hacerse con tierras en las reformas agrarias de 1861 y de la III Duma, en 1909, sólo podía redimirse luchando al lado del proletariado. La clase obrera no tiene temor a las transformaciones revolucionarias. La dialéctica histórica le impone, como determinismo, su misión de superar el aparato productor y económico de la burguesía. Cuando el 7 de noviembre de 1917 los bolcheviques rodearon el Palacio de Invierno, en la Rusia oprimida surgía por vez primera en la historia del país la soñada libertad, el imperativo de que el trabajo sería la única aristocracia admitida. Caían los duques, los marqueses, los Rasputines—el modelo había muerto yo—y aquella zarina soberbia, llamada *la Alemana*, dominada por las artes harto ocultas del pope fatídico.

En lugar de esto, camaradas, surgió un poder popular y eficiente. Vinieron los Soviets de obreros, campesinos y soldados. La tierra fué entregada a los campesinos en usufructo perpetuo. Los bancos, las riquezas del subsuelo, los inmensos bosques, los consorcios, los truts, pasaron a ser propiedad nacional; es decir, de todos. Sí, camaradas, de todos, incluso de aquellos grupos hundidos en la miseria intelectual más horrorosa, a quienes el zarismo jamás concedió el trato de personas. Me refiero a los yakutos, a los kirguisos, a los usbecos, a los cheremisos, que vivían en tribus, sin saber lo que es un libro, un cine; en suma, eso que se ha llamado muchas veces *confort de vida*. Hoy, estos pueblos, como veremos, son mimados por el Poder soviético, saben leer, tienen su literatura propia.

El pueblo trabajador ruso, dueño de sus destinos, tuvo que luchar encarnizadamente por la reorganización de la economía. Figuraos, camaradas. Los países vecinos—Polonia, Rumania, Letonia, etc.—, dirigidos por la Entente—Francia e Inglaterra principalmente—, lanzaron sus tropas contra el Ejército rojo. Entonces se operó algo que necesitáis saber: cuando los soldados del ejército imperialista se enfrentaron contra Alemania, Rusia fué de derrota en derrota. Los soldados, en su mayoría campesinos y obreros—como vosotros—, no defendían con entusiasmo los intereses del capitalismo monopolista francoinglés, que había prestado grandes cantidades al zarismo. En cambio, después de octubre de 1917, esos mismos soldados, que fluían y desertaban de los puestos de combate, se reintegraron al frente, esta vez para defender su propiedad colectiva, su libertad, su porvenir. Y lo que pudo considerarse un milagro se realizó. Camaradas: el ejército rojo venció a las tropas capitalistas, bien pertrechadas.

El estado de Rusia era lamentable. La población civil apenas comía. En 1921 la recolección fué pésima. Stalin dice que el pan de centeno se veía de tarde en tarde. El ganado moría por falta de grano, y la riqueza pecuaria disminuía de manera catastrófica, pues no habiendo legumbres, era forzoso comer carne. Millones de cabezas de ganado pasaron a mejor vida. Ya en 1920 Lenin lanzó su célebre consigna, de que el

“comunismo es igual a Soviets más electrificación”. El partido comunista ruso publicó entonces el voluminoso libro sobre los planes de electrificación. Se comenzó a trabajar en la central de Volkov. El propio Lenin, con una visión maravillosa de las necesidades, indicó al sabio Gubkine que era preciso trabajar en investigaciones del subsuelo, a la caza de materias primas. Gubkine descubrió riquezas insospechadas.

En medio del hambre, de las cartas de pan, de la escasez, el Gobierno soviético se fué preocupando de la reconstrucción económica y cultural del país. Luchaban en condiciones desventajosas porque los países burgueses, temerosos de que el ejemplo cundiera entre sus propias masas, habían establecido un boicot criminal contra el pueblo libre de Rusia. Afortunadamente, dada la estructura del capitalismo, a base de contradicciones y de intereses contrapuestos, Rusia logró romper este cerco económico merced al petróleo. De todas maneras, los sacrificios de la Unión Soviética no tienen igual en la Historia. Vino la *Nep*, táctica

(Continúa.)



El viejo león dormitaba, seguro de su pujanza.
Y los cobardes, los poderosos de siempre, rondaban parapetados en sus puestos de mando.

Creíanse poseedores de la llave de la selva.

¡Octubre! Zaherido por los ultrajes el león se levanta—¡Asturias gloriosa!—y muestra su fuerza.

Los que se dicen guardadores de la fiera tiemblan, y con saña, con toda la rabia de su fuerza aparente, clavan sus hierros candentes en nuestro pecho de león, disparan sus armas y la sangre noble se vierte en Asturias y corre y esparce, y es tanta, que su tono rojo tiñe toda España.

Emblema de Patria que sangra.

Sienten nuestra fuerza y tiemblan; corre prisa acabar y organizanse y montan cuidadosamente el tinglado de su traición; y con temor de impotencia—justicia que nos hicieron—conciertan grandes mercaderes, auxilios externos; piratas del mundo, que por España vienen.

El viejo león aún sangra, y en fecha de historia—18 de julio—, los amos, los que todo lo fueron, se lanzan, cobardes, contra el inerme pueblo, contra el león de la raza; quieren arrebatár la España, al noble que le da guarda.

Y el pueblo despierta y se ve cercado, y con coraje sublime, con su fiereza de raza, sacude el pueblo león su melena y el noble pecho levanta.

¡Pueblo admirable y heroico! Pueblo que quiere ser libre, España de trabajadores, ¡a la pelea te llaman! Y los tiempos de epopeya de nuestra historia de raza se repiten.

Caballeros de Pelayo, Comuneros de Castilla, gesto heroico de Guzmán, ¡no se extinguió vuestra raza!

La sangre de la traición mancha el suelo de la Patria; la roja del pueblo brota a torrentes, generosa, para lavar la inmundicia del traidor y extranjero; y entre victorias ganadas y defensas de titán hechas, sólo con la zarpa, se contuvo al extranjero, al traidor a su patria, a los rebaños que aún son esclavos de oligarcas.

7 de noviembre de 1936. ¡Madrid! El pueblo se agrupa en derredor de él para defenderle de los apetitos de la bestia fascista, y pone en su empeño el mismo coraje que hace veinte años puso el pueblo ruso en vencer a la tiranía y vesania que se albergaban en el Palacio de Invierno.

Madrid resiste. Con su resistencia, primer jalón de nuestra victoria, se afianza el Poder popular y eficiente del pueblo.

En marcha la fuerza motriz de nuestra revolución, que ellos impulsaron, comienza el período constructivo de la misma. Mientras nuestras milicias resisten y atacan, prepárase la estructuración de nuestro gran Ejército; se le provee de medios poderosos de defensa y ataque.

Capacítase espléndido plantel de jóvenes revolucionarios en el manejo técnico de nuestras armas; surge legión de maravillosos aviadores, dueños de la técnica y del valor heroico.

Nuestros frentes traen noticias de éxitos y quebrantos que son estímulos a nuestra labor agotadora de creación.

Comienza a organizarse nuestra industria de guerra.

Toda esta tarea bélica la desarrolla el pueblo, aherrojado por un Comité de no intervención, invento de las democracias que se dicen amigas.

¡Hermanos de la Unión Soviética! También con la Entente tropezamos. Con la Iglesia y con el dinero hemos topado, Sancho.

Francia e Inglaterra, fieles guardadoras de su función, escrupulosamente impiden nos lleguen las armas que para nuestra defensa necesitábamos; pero no quieren ver las toneladas que de ellas envían los países totalitarios a los traidores.

Junto a esta tarea bélica se imponía la de encauzar y dar satisfacción a nuestra revolución.

El Estado y los obreros intervienen las grandes industrias para canalizar nuestra economía.

Desaparecen los terratenientes, caciques y opresores de siempre, y la tierra se reparte entre los campesinos.

Se crean las Universidades populares para el libre acceso del pueblo hasta ella, y se completa esta ley concediendo becas de estudio para que el estudiante no carezca del jornal preciso para el mantenimiento de su familia.

Se crean y funcionan miles de escuelas primarias en todo el territorio leal.

Díctanse sabias leyes de justicia, haciéndola gratuita y asequible para el pueblo.

Se regula, con moral que nunca comprenderán los traidores que se llaman católicos, la situación jurídica de las compañeras de nuestros combatientes caídos en función con la anormalidad de la guerra.

Se crean y perfeccionan casa-cunas y refugios para nuestros niños, reflejo de aquellas que nuestros camaradas de la U. R. S. S. tienen montadas para sus pioneros; y en ellas son atendidos miles de pequeños con todo el cuidado, con todo el cariño que merecen. Para ellos hacemos nuestra revolución, y serán los herederos de nuestras conquistas, serán libres, conscientes y felices.

Se multiplican y mejoran los hospitales para nuestros enfermos, las casas de reposo para nuestros heridos, para nuestros convalecientes.

El comercio exterior es atendido, acrecentado, y en él encontramos una nueva prueba del auxilio de la gran patria del proletariado. Adquieren y pagan nuestros productos a mejores cotizaciones que las normales que nos señalaban los demás países.

(Continúa.)

1 9 3 6
ESPAÑA
1 9 3 7



R U S I A

(Conclusión.)

acertada de Lenin, a fin de conseguir engrosar la producción, valiéndose de la mentalidad burguesa, que aún subsistía en los obreros. El problema central de la U. R. S. S. era producir mucho, elevar el nivel insostenible de las masas.

El resto de la historia de Rusia lo conocéis mejor. Después de los éxitos fantásticos de los dos planes quinquenales, no es un secreto para nadie que el nivel de vida del trabajador ruso ha subido a un ritmo endiablado. En el primer plan quinquenal, el Gobierno soviético se propuso la ingente tarea de convertir un país eminentemente agrícola en un país de gran industria. Todos sabéis ya que las centrales hidroeléctricas surgieron a miles, que las tierras antes olvidadas de Extremo Oriente y de la Siberia vieron levantarse enormes fábricas donde se trabajaba el hierro y demás metales necesarios. En el segundo plan quinquenal se siguieron dos caminos: reforzar la colectivización del campo, ya iniciada en el primer plan, y crear una industria ligera que surtiese de artículos de consumo al mercado interior. ¿Qué decía esto? En economía, camaradas, un comercio interior floreciente supone un crecimiento de las transacciones mercantiles dentro del país. Esto quiere decir, en lenguaje claro, que los trabajadores—y en Rusia no hay más habitantes—compran más que antes. Vosotros sabéis muy bien que sólo se puede comprar cuando se tiene dinero, es decir, ahorros, o un buen sueldo. Pero, además, camaradas, el empleo de la maquinaria, cada vez más extenso en la producción, abarata considerablemente los productos. De esto se desprende que en Rusia se da el caso inaudito—que os parecerá increíble—que los artículos de uso más corriente sufren frecuentes rebajas. Para que tengáis una idea de lo grandioso de todo esto bastará que recordéis la lucha mantenida en Francia por el Gobierno del Frente Popular contra la subida de precios. En todos los países capitalistas ocurre igual, cosa que por otro lado ya descubrió Marx al decir que “el salario era el equivalente de los medios de reproducción indispensables de la fuerza de trabajo”. Porque el capitalista no se deja guiar por sentimentalismos. Pero un nivel demasiado bajo acarrearía un serio disgusto al patrono al desposeerle del ejército de reserva; es decir, del mercado donde entra en concurrencia la mercancía “fuerza de trabajo”. De este modo el salario sigue siempre a merced del capricho capitalista. Si el trabajador, por ejemplo, ve que no puede vivir con él, o estima que han llegado condiciones propicias para pedir aumento del mismo, va a una huelga. Por lo general, por no decir siempre, el Estado capitalista—Estado de la clase dominante—apoya a la clase patronal, arguyendo que no se puede tolerar el paro o imponiendo unas condiciones que suponen el triunfo de la posición capitalista. En Rusia—fijaros bien—, el Estado—en manos de los trabajadores y a su servicio—dicta órdenes para que baje, por ejemplo, el pan, la mantequilla, el azúcar, etc. ¿Verdad que os parece casi un sueño?

* * *

En cuanto a ti, campesino, soldado hoy de la República democrática, te voy a explicar cuál es la situación actual del trabajador soviético. Es cierto que en los momentos más difíciles de la reconstrucción socialista el sacrificio de la masa campesina fué la tragedia en persona. Figúrate que sembraba sus tierras, recogía el grano, se creía feliz; pero el Gobierno le quitaba gran parte de su producción, lo almacenaba, lo enviaba al extranjero a cambio de maquinaria. Debía ser duro malcomer recogiendo, sin embargo, cereales en abundancia. Si tienes tiempo—y yo sé, por experiencia, que en el frente siempre se tiene tiempo—lee la obra *Campos roturados*, de Cholókov, en la que podrás ver en toda su crudeza este sufrimiento. Los campesinos allí se volvían contra el Gobierno. Los agitadores del partido comunista, los camaradas más conscientes, les hablaban de un futuro de holgura, de perspectivas risueñas. Pero para ello era preciso equipar al país de un utillaje moderno, que los medios de producción fueran los más eficientes. El campesino—acaso como tú, camarada—se reía. Los campesinos son, por haber sido tantas veces engañados, incrédulos. Creen en todo y en nada. La gran virtud de los bolcheviques de ayer, dirigentes hoy de los destinos

del gran país soviético, ha sido el no haberlos engañado nunca. Les prometieron tierras y se las dieron. Les dijeron que los harían felices, que pondrían a su disposición todos los elementos de la cultura y de la civilización, y también lo han cumplido. La vida que gozan los campesinos rusos no puede ser igualada a la de ningún país capitalista. Los koljoses abarcan miles de pueblos, en los que se trabaja en común. Estos koljoses llevan una contabilidad minuciosa y cada koljosiano recibe la parte que le corresponde por el trabajo realizado. Por ejemplo, suponte que tú formas parte de un koljos—comunidad agraria—y que has trabajado durante el año unas mil horas. Al recogerse el grano, las legumbres, el algodón, lo que cultivéis, se reparte con arreglo a la parte alicuota que te corresponde por tu trabajo. Supongamos que habéis recogido 200.000 kilos de trigo y que en los libros de contabilidad de la colectividad existen un total de veinte mil horas trabajadas. Primero se divide el total de la producción 200.000 kilos) por las horas (veinte mil) a fin de saber qué cantidad corresponde a cada hora. Luego multiplicamos el resultado (diez kilos) por las horas que has trabajado en total, percibiendo 10.000 kilos de trigo. Naturalmente, no percibes los 10.000 kilos, porque el koljos—tú también, por lo tanto—ha decidido guardar un fondo de reserva para la compra de una máquina trilladora, para un camión, para la creación de una escuela, para un sanatorio, etc. Porque en Rusia, a más de la actividad peculiar del Gobierno creando escuelas, sanatorios, hospitales Casas-cuna para los niños, etc., los koljoses también se preocupan de invertir parte de sus ganancias en comodidades. Así, al lado de la escuela, o de las escuelas, pues muchas veces son varias, se construye un cine, una piscina, todo aquello que sirva de solaz y de felicidad a la colectividad. Los hijos de los campesinos—como todos los demás, allí no hay privilegios—van a la escuela hasta la edad de quince años. Si por su inteligencia se hacen acreedores a seguir estudios superiores, siguen estudiando hasta ser ingenieros, profesores, médicos, etc. La asistencia a la escuela es obligatoria. En el régimen capitalista no ir a la escuela es lo más corriente. Vosotros mejor que nadie sabéis que era imposible, y cuando fuisteis niños, al llegar la época de la sementera o de la recolección abandonabais la escuela para ganar algunos reales. En la Unión Soviética esto es imposible—a más de ser absurdo—y el Gobierno castigaría duramente a tales padres.

Pero aún hay más. El artículo 7.º de la Constitución vigente en la U. R. S. S. reza: “Cada hogar koljosiano, además del beneficio fundamental de la economía koljosiana común, tiene, conforme con el Estatuto del arte agrícola, el goce personal de un pequeño terreno adherido a su casa y sobre él posee en propiedad una economía auxiliar, una casa-habitación, el ganado productivo, aves y el pequeño material agrícola necesario.” Por lo tanto, en Rusia, a más de la participación en los beneficios del koljos, que se explota en forma racional, es decir, empleando los medios de cultivo más modernos, la maquinaria agrícola más eficiente, se puede poseer en propiedad una casita con su huerto, con el ganado adecuado, etc. Cuando en cierta ocasión, al principio de nuestra lucha, explicaba yo todo esto a mis camaradas soldados, campesinos de la provincia de Toledo, uno de ellos, acaso como tú, me preguntó:

—Camarada, ¿no habíamos quedado en que no existía en Rusia la propiedad?

Yo le contesté:

—En Rusia, en efecto, no existe la propiedad. Fijaos bien en esto. La propiedad que no puede existir jamás en un régimen obrero es la gran propiedad, porque ello entrañaría que los medios de producción estaban en poder de unos pocos, y esto permitiría la explotación de otros hombres. En Rusia lo que se ha hecho con los artículos 7.º y 10 de la Constitución es dar estado jurídico a una cosa que tiene su realidad en la vida corriente. Por ejemplo: es lógico que si mañana viene el comunismo, tu sueldo sea tuyo; tu cama, en la que duermes, sea tuya también, y así sucesivamente con tu reloj, etc. El reconocer ese derecho al campesino no pone en peligro—todo lo contrario—el régimen socialista. La propiedad personal no es una traba, sino todo lo contrario, una muestra de la superación del régimen capitalista, un reflejo del aumento de nivel de vida de las masas trabajadoras.

Si tuviese tiempo os hablaría de los seguros, cómo se desarrolla la ciencia, la literatura, el Ejército Rojo, de Lenin y Stalin, de los golfillos que se han hecho novelistas y hombres útiles a la sociedad. Pero tenemos tiempo, ¿verdad?

JUAN FALCES ELORZA.

EMOCIÓN EN VUESTRO HONOR Y OS DICE: ¡¡VENCEREMOS!!

ESPAÑA

(Conclusión.)

Se cumplen, no sólo nuestros compromisos de pago, sino los congelados anteriores a nuestra guerra. El fascismo consiguió, por su influencia con el capitalismo—son hermanos gemelos—, bloquearnos momentáneamente un depósito de divisas destinadas a estos fines; y el honor, la seguridad de nuestro pueblo situó igual cantidad de divisas en otro Banco, y el pago se satisfizo. El Gobierno del pueblo ha recobrado para su soberanía las minas de mercurio de Almadén, magnífica fuente de divisas.

Y, por último, se ha erguido severa la dignidad de España ante el mundo entero; y cuando todos creían que íbamos a contar nuestras cuitas, el pueblo español, por boca de sus representantes, se limitó a recordarles sus compromisos del *Covenant* y las obligaciones que por el Derecho internacional tenían contraídas y completamente olvidadas. El camarada Litvinof, representando a toda la Unión Soviética, mantuvo con nosotros la acusación; pero las viejas democracias han olvidado las esencias de la revolución que las engendró.

Se extingue su luz de justicia y de libertad.

Recuerdo, a este respecto, una anécdota vivida en el año 1926. Se presentó al dictador de opereta que soportamos una reclamación de justicia que amparaba la ley, y cuando el dictador la recibió del Negociado de infor-

mación, favorablemente informada, la marginó con una nota a lápiz, de su puño y letra, que decía: "Tiene razón, pero no se le reconoce".

Esto ha conseguido España con su proceder y con su dignidad: que se le dé la razón, que se le consideren sus derechos, que se le admitan sus recursos; pero que al margen de todo ello se escriba, de puño y letra de las que se llaman democracias: "Tiene razón, pero no se la reconocemos".

Pero no importa, proletario de España. Todas las gestas y hechos de las naciones se registran en el libro inmortal de la Historia, y ella es juez severo, y nos juzgará.

En contrapartida con estos procederes cobardes y estos olvidos del honor de las firmas, tienes la voz y hechos amigos de Méjico, sangre de tu sangre. Tienes la recia y gigante figura de la Unión Soviética, patria del proletariado, que, como tú, ha tenido que luchar contra todos los enemigos, que son tuyos, y con alguno más; que ella no tuvo más recia figura para volver sus ojos que la fortaleza de su ánimo, la fe en su triunfo, la unidad apretada en sus filas, y ahora conmemora el XX aniversario de su libertad.

Tu victoria la tienes segura; continúa legislando por ti y para ti, construyendo el cauce de tu nueva vida, el cauce del bienestar y de la libertad para todos los proletarios, para todos los que trabajan. Lucha en las trincheras con esta misma fe y, si algún momento flaqueara tu ánimo, mira al Oriente y te iluminará la luz clara y gloriosa de un pueblo que, como tú, luchó y triunfante te ofrece la solidaridad desinteresada de los hermanos de clase.

UNAS LINEAS DE RECUERDO A LOS CAIDOS

Hermanos perdidos en esta lucha sangrienta e injusta, a la que nos ha arrastrado la traición incalificable de unos seres sin honor y sin entrañas: los regueros de vuestra sangre nos marcan el camino que ha de conducirnos a la derrota de esos seres amorales y sus cínicos colaboradores.

En esta fecha que hoy conmemoramos, y que vosotros hicisteis gloriosa, nuestros más escogidos pensamientos irán dedicados a vosotros, y por vosotros prometemos en este día continuar con más brío la guerra de exterminio del fascismo, para vengaros. Que es el mejor homenaje que os podemos hacer.

EN DEFENSA DE MADRID

TANQUISTAS, ALMAS SENSIBLES DEL MONSTRUO

DE HIERRO; AVIADORES, GLORIOSOS CABALLEROS DEL AIRE: ¡¡SALUD!!



EL TRANSPORTE **AUTOMÓVIL** ARMA DE GUERRA

Al producirse el levantamiento de los traidores, robándonos los órganos todos de defensa armada, de coordinación, de técnica, el pueblo, a un solo impulso, sabiéndose soberano, no amilanándose ante la carencia de armas, de elementos de combate, lanzóse a defender su libertad, su soberanía, su rango de pueblo.

Miles de obreros, de trabajadores de todas clases, de todos los partidos; todos los Sindicatos, los sin partido y unos cuantos militares leales—¡salud, camaradas!—formaron nuestras gloriosas, entonces, Milicias de oposición al invasor. Cada individuo, cada fracción, cada Sindicato aportó su esfuerzo para la lucha y, conscientes de las necesidades a cubrir en cada momento, crearon, maravilla de nuestra improvisación, los órganos precisos de coordinación y dependencia.

Los camaradas del Transporte, desde el primer momento, ocuparon la vanguardia de la lucha. Era necesario transportar hombres a los lugares de la pelea, establecer enlaces. Los camaradas del Transporte pusieron los primeros jalones en la creación del complicado engranaje de los servicios de tren en un Ejército de operaciones.

No había servicios de municionamiento, de Intendencia, de Sanidad. Cada individuo llevaba las municiones que tenía y podía: junto a una pistola ametralladora, una escopeta del 12.

Comían lo que encontraban, o no comían.

Sólo había preocupación y tiempo para oponer hombres voluntarios, vidas generosas ofrecidas al caminar lento del fascismo asesino, dueño de todas las armas robadas y de todas las que Italia y Alemania les diera en pago a su traición, a su venta cobarde de nuestro suelo.

Los camaradas del Transporte organizaban sobre la lucha, perfeccionaban su armazón técnica.

Comenzaron los fuertes combates, la heroica resistencia de Madrid. ¡Angustia del 7 de noviembre, nerviosismo, rabia!

En Madrid se agruparon, con sus mejores hijos, los que por tierras castellanas sintieron la impotencia de sus fusiles viejos y de sus ametralladoras encasquilladas a la segunda ráfaga, ante el alarde de máquinas, de cañones, de tanques que acompañaba a los mercenarios. Aún traían nuestros hermanos el horror de los quintales de metralla sembrada por los piratas del aire; pero aquí, en Madrid, se quedaron todos, en gesto de defensa heroica, y, con ellos, nuestros hermanos del mundo, los internacionales, los perseguidos del fascismo, los que ofrecían su vida al lema de: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Resistencia increíble, absurda, de epopeya.

Comenzaron a llegarnos armas, cañones, y los camaradas del Transporte aumentaron su trajín.

Ya nuestros camiones transportaban armas relucientes, pesados cañones, y al alma fría de hierro de sus motores hizo llegar el camarada conductor la fuerza de su fe en la victoria, y con su carga de triunfo llegó el camión hasta las líneas más avanzadas, hasta casi los picachos de nuestras montañas. ¿Qué importaba el peligro?

Se cruzaban las líneas de fuego, no con el valor contagioso que presta el ardor de la pelea, sino con la serena calma del que se sabe responsable de una función de guerra en la que estoicamente, anónimamente, ha de caer.

¡Cuántos camiones, cuántos coches saltaron en trizas y tiñeron sus restos de acero con la sangre roja de su conductor! ¡Héroes de carne y de hierro!

Cuando alcancemos el triunfo final, cuando alboree nuestra estrella de libertad—¡héroes de carne y de hierro!—, al mundo diremos vuestro sacrificio anónimo. Seréis los forjadores de la victoria de todos.

El pueblo pelea en las trincheras de la libertad, pegado a su arma, y tú cruzas, desafiante, sereno, todas las líneas de fuego sin más armas de defensa que tu volante, y si las balas te respetan llegarás a tu destino y entregarás el alimento de las armas o del cuerpo del combatiente o bien recogerás unos heridos para llevarlos a la vida, mientras tú te expones a encontrar la muerte.

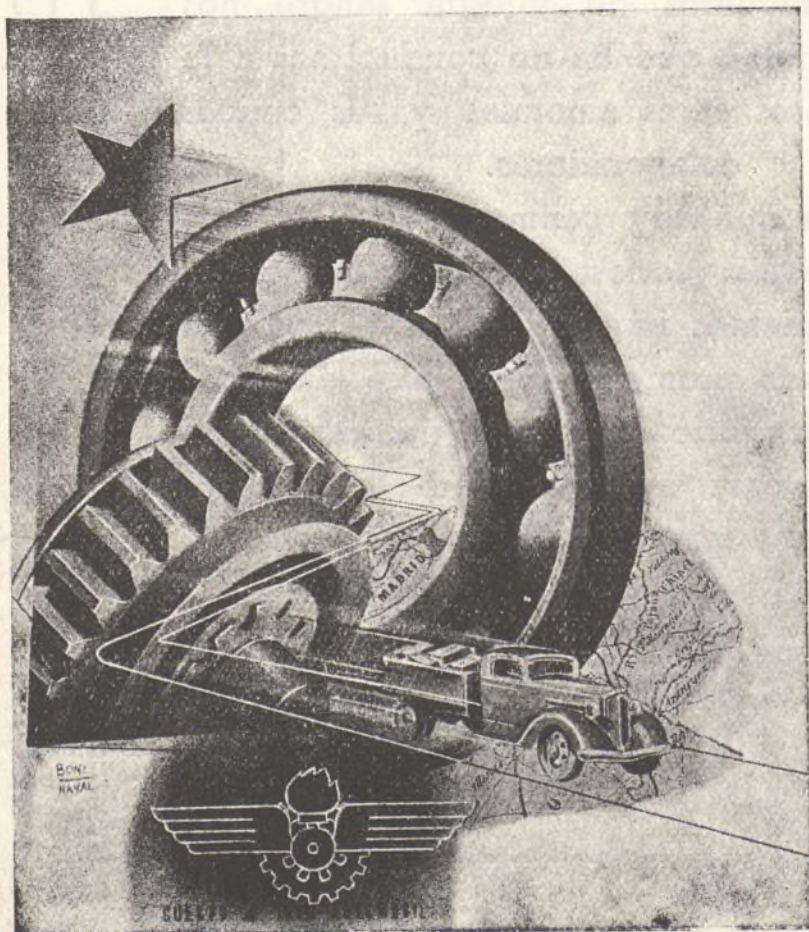
Los servicios del transporte organizado por el pueblo han cubierto durante el año de la resistencia de Madrid, no sólo los complejos servicios de guerra, sino también los de abastecimiento de la población.

Hoy, aniversario del comienzo de la resistencia de Madrid, los servicios de transporte, los que comenzaron al impulso creador del pueblo, como necesidad perentoria para la guerra, después de pasar por múltiples aspectos de perfección y acoplamiento, han revertido a una unidad militar: Servicios de Tren del Ejército.

Muchos de los camaradas, iniciadores del servicio, en los inciertos días de nuestra lucha, son hoy prestigiosos jefes del Ejército, y este encuadramiento militar hace y tiene que hacer aún más eficiente y regular el aprovechamiento de esta fuerza orgánica de transporte en guerra, de la motorización de nuestro Ejército.

En este aniversario que comenzamos, cerramos más fuertemente el puño y prometemos a este Madrid, que todo lo merece, nuestro sacrificio por obtener el triunfo.

Y a ti, pueblo antifascista, que te identificas con el combatiente que maneja el fusil o el cañón, que aplaude a nuestros gloriosos pilotos, cuando veas un camión de nuestro Ejército, apláudelo también; es un motor con alma antifascista, la del conductor que le guía, que, despreciando el peligro, con su temple de hierro, el mismo temple que el de su motor, llega a todos sitios, es el eje motriz que mueve todo el engranaje de nuestro gran Ejército del Pueblo.—T. L.



LA DEFENSA DE MADRID

¡Siete de noviembre! Fecha gloriosa en que se inició nuestra admirable defensa.

Volverán a formarse en las cabezas proletarias las imágenes de todos aquellos que contribuyeron y formaron esta resistencia con las armas del combate o de la producción. Recordarán en esta fecha a aquellos bravos milicianos que, sobre la marcha de las duras batallas, fueron transformándose en soldados de un ejército regular invencible. A las no menos heroicas fuerzas militares que, cumpliendo con su deber y su promesa, se conservaron leales. A los heroicos guardias de Asalto, que no sólo garantizaron en la retaguardia un orden perfecto, sino que acudieron a los frentes, y en ellos, junto a sus hermanos, los inolvidables milicianos, escribieron la gesta de nuestro Madrid invencible. También recordarán a la Policía madrileña, agentes del antiguo Cuerpo de Investigación y Vigilancia, que se unieron a los voluntarios de todos los partidos y organizaciones para trabajar y aún continúan luchando para exterminar a la cobarde «quinta columna» y demás elementos trotskistas emboscados al servicio del fascismo.

Durante el año de la incomparable defensa de Madrid, la guerra nos ha deparado victorias y adversidades. Estas, debidas al apoyo desenfrenado de Italia y Alemania, naciones que no han reparado en dotar de grandes masas humanas y enormes cantidades de material bélico necesarios al caduco ejér-

EL EJEMPLO DE LOS HEROISMO

cito traidor, abrigando el inconfesable proyecto de apoderarse de nuestro suelo y de nuestras industrias, trabajadas con el sacrificio del proletariado español.

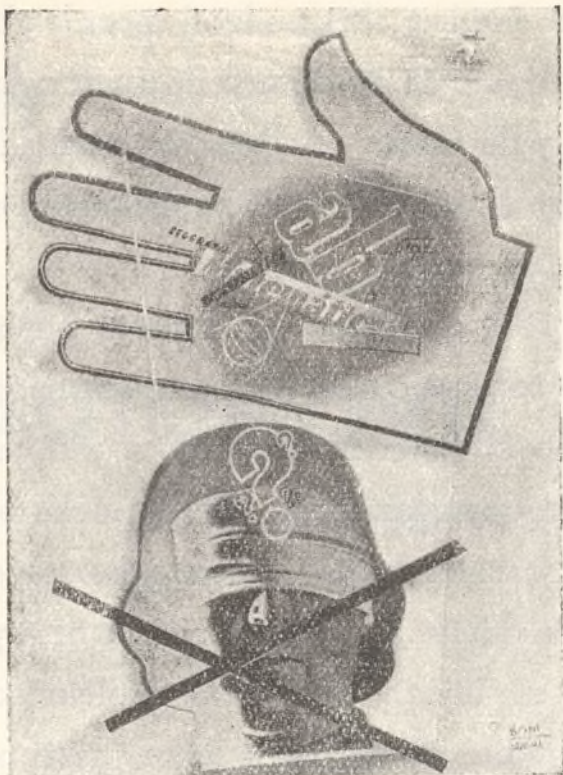
¡Pero qué lejos está nuestro pueblo de consentir tales vilezas y atropellos, ¿No comprendéis, verdugos inhumanos, que cuando un pueblo lucha por su independencia, cuando sabe que en esta guerra se debate el porvenir suyo de sus hijos y de todo el proletariado mundial, no dejará de luchar hasta haberos derrotado? ¿No veis que un pueblo como éste dará hasta la última gota de sangre para arrojaros de su suelo y perseguiros por todo el mundo, destrozando vuestra simiente para evitar que jamás pueda renacer y traer más dolor y tragedias al mundo trabajador?

¡MADRID!..... ¡Qué ejemplo has dado al mundo estoico que no prevé lo que supondría nuestra derrota!

Despertad, obreros del mundo. Pensad en lo que se ventila en esta cruenta y desigual guerra. Venid a luchar con nosotros, con vuestros hermanos de clase. Ayudadnos a romper el yugo fascista, a vengar la sangre derramada por los heroicos combatientes españoles, a defender la independencia del proletariado mundial.

Sabed, traidores, fascistas, que Madrid luchará hasta vuestro aniquilamiento y que sabrá vengar las vidas generosas inmoladas en los frentes de Norte, Sur, Este y Centro.

¡Madrid será inexpugnable! ¡¡¡Madrid no será nunca del fascismo!!!



dar fe, bien a su pesar, los demás dedicáronse a la labor constructiva inherente a toda revolución para poderse llamar tal.

Era la primera necesidad sentida elevar la moral del combatiente, del que por instinto peleaba; reafirmarla, robustecerla o crear en él la conciencia ciudadana. Darle a conocer a él y a todos las razones y causas de nuestra pelea. Enseñar lo falso de las teorías fascistas, la mentira de sus enunciados teóricos, la realidad bárbara de su razón de ser. Demostrar que el fascismo es el parapeto final del capitalismo opresor. Que, aliado con la Iglesia y con el déspota militarismo, constituye el reducto feudal desde el que más fácilmente puede extender la ignorancia por todos los pueblos del mundo para mejor explotarlos. Anular la inteligencia quemando las obras de los pensadores y sustituyéndolas por los libros escritos por y para el fascismo, bien supieron hacerlo Alemania e Italia. Explotar la fuerza física del padre y anular la inteligencia del hijo, educándole en el fascismo.

Era necesario que el pueblo comprendiera todo esto. Comenzó la febril época de agitación: por los frentes, por las calles y plazas, por los teatros, por radio, se desparramó sobre el pueblo estas teorías, realidades de libertad.

Para la enseñanza objetiva se editaron cientos de carteles, verdaderas maravillas de concepción y técnica, y al pueblo le entró por los ojos.

Editáronse millones de pasquines, con los que se sembró el suelo de la España leal y también la porción que nos robaba la traición. Cientos de miles escritos en árabe, en italiano, en alemán, en por-

REVOLUCIÓN Y CULTURA

El 18 de julio de 1936 el pueblo se vió sorprendido—algo sabía de ello—con el más absurdo de los levantamientos.

El Ejército, la Iglesia, la burguesía, la aristocracia, los que lo tenían todo, la clase privilegiada, la más culta de la Nación, levantáronse en masa. ¿Contra quién?

Es concebible que un pueblo se levante contra el opresor, que una clase humilde se rebele contra el tirano; pero que éste, el opresor, ¿se levante contra el pueblo, contra el oprimido? Si no fuera trágico, sería grotesco.

Pero así fué: los poderosos, los hartos, los que vivían viendo trabajar a los demás, se rebelaron contra el obrero, contra el pequeñito, contra el nadie; y ni armas, las que eran de él, del pueblo, le dejaron para defenderse.

Pero vivían tan distanciados de nosotros, que no nos conocían; creíanos tan cobardes como ellos eran.

Nuestra clase proletaria, todos los que trabajaban para comer y para engordar a los que jamás trabajaron, sintieron, con el orgullo de su raza, la fuerza de su poder, de su razón; y muchos, conocedores de la índole de lucha que se entablaba, y muchos más por instinto, lanzáronse a la pelea como los machos que defienden sus cachorros, sus hembras, su vida, su razón de ser.

Y así nos encontramos actores en la cruenta revolución que la cobardía de ellos, la impotencia, a pesar de su poder, han convertido en guerra de invasión.

El proletario se encontró dueño de sus destinos; había desaparecido el artefacto estatal al desaparecer el armazón jurídico que le regula; ellos lo rompieron.

En este punto comienza la maravillosa revolución del pueblo.

Mientras los más peleaban como se ha peleado, como ellos pueden

tugués, cayeron sobre las fuerzas enemigas; estos pasquines reaccionaron la conciencia de muchos soldados enemigos y, en su virtud, pelean en nuestras filas.

El que fué glorioso 5.º Regimiento editó la mayor parte de estos carteles y pasquines.

A nuestros hermanos de la Unión Soviética se les enviaron colecciones completas de esta propaganda de enseñanza antifascista.

Al pueblo le entró ansia de saber.

Al calor de este entusiasmo revolucionario creáronse entidades para propagar esta cultura que el pueblo demandaba.

Sólo la entidad Cultura Popular ha distribuido por los frentes, por los hospitales, por los cuarteles, más de 1.600 bibliotecas. También ha repartido diariamente entre nuestros combatientes, y durante más de un año, 22.000 ejemplares de periódicos diarios, cedidos gratuitamente por los Consejos Obreros de nuestros periódicos.

Otras entidades oficiales y particulares han repartido millares y millares de libros.

Y el pueblo quiere saber.

Se han montado cientos de escuelas, que muchas de ellas funcionan en las líneas avanzadas.

Se han arrancado al analfabetismo, en nuestros quince meses de lucha, más de 12.000 inteligencias, que hoy leen y escriben.

Principalmente a los camaradas de la F. E. T. E. se les debe esta gran victoria de la cultura.

En los cuarteles se han montado clases, hogares del soldado, salas de lectura. Los soldados escriben, piensan y se les anima a ello.

Se dan conferencias, se proyectan películas educadoras, se organizan festivales, se dan conciertos... ¡Maravillosa labor esta de los comisarios!

Y esta labor constructiva de dar cultura al pueblo que tan necesitado estaba de ella, se hace mientras peleamos, mientras se formaba nuestro potente Ejército; alternando esta cultura intelectual con la guerrera, que nos hará invencibles.

Pero no olvidéis, queridos jefes y comisarios, admirables camaradas de la enseñanza, que, al mismo tiempo que abris nuevos horizontes a la inteligencia de nuestros soldados, es necesario cultivéis con esmero, planta de estufa, su educación ciudadana. La reacción, que tanto combatió la cultura en el pueblo, trabaja arteramente detrás y al lado de ti; y si bien no puede borrar lo que el soldado aprendió, si puede quebrantar su fe; las enseñanzas que vertistes en su cerebro no tienen, en muchos casos, la consistencia necesaria; muchos pelean por instinto; toda su vida conocieron al cacique y, en un momento de libertad, se rebelaron; pero toda esa vida dominada por el cacique creó taras que hoy gravitan sobre él; y la reacción lo sabe, es traidora y por ahí atacará tu labor.

L. T.

metralla...

Un día de combate en la Sierra, varios compañeros del Hipomóvil regresaban del convoy. Los "pepinos" enemigos silbaban—como siempre hacen—y explotaban—como no siempre hacen—, impulsándoles a "salir del paso" lo antes posible. Y para ello



emprendieron el trote. Los mulos, que parecían contagiados de su misma idea, procuraban acelerar la marcha. Inesperadamente, los mulos se detuvieron con brusquedad. Alarmados los compañeros, pretendieron indagar el motivo de tan inexplicable como intempestiva parada. Miraron a ver si les molestaba el baste—un camarada del automóvil hubiese mirado el depósito de la gasolina, pero ellos no podían hacerlo—. Nada; no era eso. El ambiente y el momento, aparte de los "pepinos" que caían, tampoco tenían nada de extraño. Sólo pudieron observar, con asombro, que los mulos pugnaban por acercarse a una insignificante florecilla que cerca de allí había brotado. Uno de los mulos logró acercarse y la cogió con la boca—cosa disculpable y que no empaña nada su rasgo de sensibilidad, pues todos sabemos que los mulos no pueden servirse de los dedos como nosotros—. Conseguido esto, los mulos reanudaron su trote.

REPORTAJE INTERNACIONAL

El reciente viaje de Mussolini tenía seguramente como único motivo demostrarnos a todos que todavía está permitido a los criminales y fantoches deambular por el mundo. Cierta Prensa dijo que era para comer salchichas alemanas. ¡Ilusos!

A su llegada a la ciudad de Häusfreidhesstofen (parece alemán de verdad), mano a mano con el *führer* y ante cinco o seis "invitados" expresamente, pronunció un discurso. Entre otras tonterías dijo las siguientes: "Habrá paz y no habrá guerra mientras a nosotros nos la dejen hacer". Aseguró que era una calumnia bolchevique la noticia que circula por ahí de que en Alemania sólo se come mantequilla de ladrillos, pues a él no se la han servido en ningún sitio del territorio alemán; indicando que, después de todo, la idea de los substitutivos no está mal, y que él va a ensayar en Italia los macarrones de estropajo como plato único, para que los italianos olviden la manía que tienen de querer comer "papas" y "duces". Después, para lucirse, anuncia que "al fascismo no le interesan más ideas (!) que el estómago". No sólo de pan vive el hombre; por eso venden cerveza en dos o tres sitios de Alemania. Sus últimas palabras (esto es un tópico) fueron dedicadas a realzar la simpatía proverbial y méritos personales de Mr. Eden. Acto seguido, continuando con sus tonterías, se caló el gorro, arqueó el brazo izquierdo, sacó el pecho e hizo una pirueta con la gracia de un cerdo—y que nos perdonen los gorrinos—con reuma, salud a la romana (de la estación) y besó al *führer*.

En la estación ya no había nadie. ¡Qué lástima!

El camarada que nos lo contó pretendía desvirtuar la importancia y el mérito del hecho asegurándonos que el mulo tenía hambre. Nosotros, particularmente, opinamos que el detalle ratifica la creencia de que existen animales poseedores de mayor sensibilidad que ciertos personajes que, presumiendo, se dicen clasificados en el género humano.

Y conste que con estas líneas no hemos querido aludir a nadie.

¡¡¡Somos tan mal pensados!!!...



Hay personas que sienten un gran respeto e interés por la Historia. Nosotros nos contamos entre ellas—entre las personas y entre las que sienten respeto—. Y dejándonos llevar por este impulso, vamos a hacer algunas aclaraciones para poner en claro, ¡claro!, un suceso que necesariamente ha de registrar a su debido tiempo. Nos referimos a la derrota que hace nueve meses tuvieron los "nacionales"... italianos, (a) *Flechas negras*, en tierras de Guadalajara. Por entonces se dijo que si nosotros hubiésemos tenido organizadas columnas motorizadas para perseguirlos, ellos todavía estarían corriendo. Exacto. Pero... ellos las tenían, y bien organizadas, y, sin embargo, su infantería las sobrepasó corriendo, dejándolas rezagadas y abandonadas. De modo que creemos que nuestro avance mecani-



zado sólo hubiese servido para hacerles correr más de prisa, cosa de la que les sabemos capaces, pero nunca para haberles alcanzado.

Queremos que la Historia lo registre así, para descargo del Transporte y bien de la verdad.

COSAS DE CILINDRITO



ESCUCHA...

Camarada: Voy a charlar contigo sólo lo que el espacio permita; lo que no, en sucesivos números nos lo diremos.

He observado, en ocasiones, que después de un discutir en corro o de leer un diario te has quedado pensativo. ¿Qué charlaste? ¿De la guerra? ¿Sí?

Ahora lo comprendo todo. Sembraron en tu espíritu, de luces inciertas, la semilla de la desconfianza. Eran tus compañeros revolucionarios, pero irreflexivos, de los que su temperamento medieval les hace ver desastres irreparables en donde sólo hay movimientos tácticos y éxitos rotundos y finales, en donde sólo hay las manifestaciones de un Ejército poderoso que, al tiempo que defiende nuestro suelo mancillado, se entrena para dominar la técnica y prepararse para nuestro empuje arrollador.

No les hagas caso, camarada; era el corro de tus compañeros de ese tipo tan español que quiere explicárselo todo, porque de todo quiere entender. No les hagas caso.

Eres tú más revolucionario que ellos y más leal, inconscientemente, a nuestra causa, porque tú no discutes; amargas tu espíritu con duda que te acongoja, pero piensas, no discutes; ni siembras con la discusión, vertiendo conceptos ignorantes, dudas gemelas a las que tú sientes. No hagas caso y fortalece tu ánimo. Tus sacrificios, tus desvelos, tu lucha, no dudes que será fructífera; ganaremos.

Ganaremos, porque cuando los canallas iniciaron su traición, tú, con tu arrojo y unido a todos, fijate bien, unido a todos—y había anarquistas, comunistas, socialistas y antifascistas en general—, supiste arrojarles de sus cubiles, de sus fortalezas. Y tenían más fuerza que tú, más técnica.

Impotentes, perdida la batalla, trajeron en su auxilio moros, mercenarios del Tercio, asesinos a sueldo; y tú sin armas, con la misma unión, con el mismo coraje los venciste.

Seguros de su derrota, lograron que se cumplieran los compromisos de la traición y de la rapiña, y recibieron armas, muchas armas, muchos aviones, muchos alemanes de cabeza cuadrada y de inteligencia roma; y tú, apenas sin armas, los derrotaste, destruyendo sus cuadros y resistiendo el empuje arrollador de sus potentes armas.

Ellos dedicaban todo su esfuerzo a conseguir armas y hombres y a elaborar planes guerreros, y tú todo esto lo destrozabas teniendo que dividir tu actividad a tu momento de lucha, a organizar un Ejército poderoso, a preparar tus cuadros de mando, a encauzar tu revolución. Ve, compañero, qué superioridad más grande tenemos sobre ellos.

Insuficientes todos sus miles de hombres, de máquinas, pidieron más refuerzos y llegaron legión de espléndidos italianos, fuerzas del “duce”, muchos miles de camisas del “duce”; y tú, sencillamente, con un zarpazo de tu fuerza latente, hiciste que todas estas camisas perdieran sus faldones en campos de la Alcarria, y te trajiste muchas camisas para andar por casa.

Ellos, convencidos de su impotencia, martilleaban por todos lados con sus fuerzas, arrasan nuestro suelo con la metralla de sus aviones, y con ello satisfacen sus instintos y su rencor e intentan destrozarnos nuestra moral, el enemigo más poderoso que en nosotros tienen.

Pero tú, camarada, resistes y atacas, castigas al invasor, y al tiempo te entrenas para la pelea. Es tanta tu fuerza que no comprometes todos tus efectivos, piensas que ya es guerra técnica y que no es suficiente tu arrojo personal, y te preparas.

Recibes mientras tanto zarpazos dolorosos que hieren tu alma de revolucionario; pero aprietas con más fuerza el puño, refrenas tus ímpetus y te preparas. Tu Gobierno del Frente Popular, también revolucionario como tú, prepara los jalones necesarios para la victoria, limpia tu retaguardia de traidores, prepara las industrias que han de proporcionarte los elementos precisos para tu pelea, para la pelea de todos, y, como tú tienes que hacer, refrena sus ímpetus de raza y te prepara el triunfo; cumple con la obligación que le impusiste.

Cumple tú con la tuya, camarada, y mantén tu impulso de los primeros días; no escuches al que intente quebrantar tu fe, eleva la suya con el ejemplo de la que tú tienes.

Cumple la consigna de unidad de los primeros días, que no la lanzó nadie, sino que fué una necesidad que surgió espontánea ante el momento de peligro, y evita que en tu reposo bélico surjan las discusiones, los motivos de escisión. Tu voto, camarada, y el de todos hará que desaparezcan esos motivos, esos recelos que nadie señaló aún, quizá por inconfesables.

¿Ves, camarada, cómo no tienes motivo para quedar pensativo? Piensa sólo que para ganar se precisa:

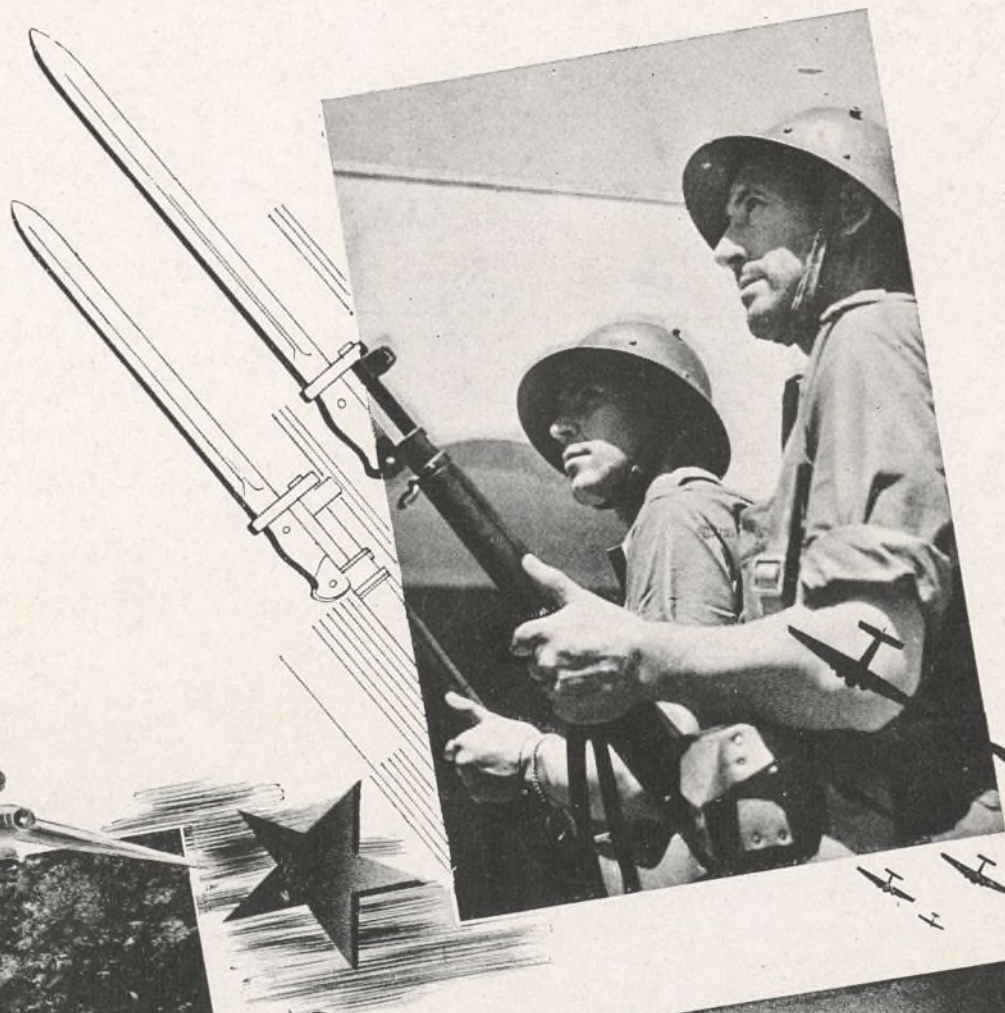
Un Ejército poderoso y bien pertrechado; ése te le ha creado tu Gobierno, y tú formas parte de él.

Fuerte fe revolucionaria y deseos de pelear bien; eso lo tienes tú, y de ti depende. Industrias de guerra, organizadas: tu Gobierno te las prepara y tus camaradas revolucionarios, soldados del trabajo, son los encargados de ellas.

Unidad de todos los ciudadanos que sientan la revolución: tú y tus camaradas revolucionarios que se encarguen de conseguirla; ¡es tan fácil!

¿Ves, camarada, cómo sólo motivos de satisfacción y fe puedes tener? Transmítela a tus compañeros.

PÉREZ.



MADRID!!



La decisión y coraje de las masas proletarias se aglutina en una sola voluntad: Unidad en la defensa de nuestras libertades mancilladas. Con nuestras pobres armas y el tesoro de nuestra fe en la victoria se redujo al traidor en sus cuarteles, en sus cantones de Madrid, más tarde en Barcelona, Albacete, Guadalajara... Se engrosaba el arsenal de nuestras armas con las que le tomábamos al enemigo cobarde que rendíamos.

Si los países totalitarios no hubieran auxiliado con tal presteza a los traidores, nuestras armas y nuestro coraje los hubiera derro- cado en todos sus cubiles.

Pero son tres naciones, que viven para la guerra, las que pres- tan su fuerza y sus hombres a los traidores y nuestro impulso de guerra ha sido necesario canalizarle, adiestrarle para la guerra técnica.

Aquellas milicias son hoy nuestro Ejército regular. Aquellas armas viejas son ya armas mecánicas forjadas por el proletario hermano.

Continuamos aglutinando nuestros afanes para la victoria y todos unidos, no dudarlo, la conseguiremos espléndida: Será la victoria del trabajo.

Fotos: Archivo de AHORA

La cultura física es tan necesaria como la educación del espíritu. Los ejercicios corporales son el mejor medio para la educación del cuerpo. Proporcionan fuerza, resistencia, rapidez, elasticidad, destreza; educan el ánimo, la sensación del movimiento y el sentido del equilibrio. Nuestra victoria está fiada a nuestras fuerzas morales y físicas. Practicad diariamente ejercicios corporales en la medida que vuestros deberes militares os lo permitan. Siendo hombre fuerte, serás soldado útil.



TRANSPORTE
en guerra

Cultura
FISICA

Box
NAVAL

